



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXI)

Nada más llegar a Barcelona ya me llevé la primera sorpresa. Alejandro me dejó en un hotel de las Ramblas y me dijo:

—No te muevas hasta que vuelva. Aquí hemos de vivir en hoteles separados, porque la gente es muy seria y yo soy el emperador del Paralelo.

Pasaron dos días y Alejandro no volvía. Por fin, al tercer día me vino a ver un joven bárbaro, candidato a una concejalía, y me dijo:

—Don Alejandro me ha dicho que está muy ocupado y que si no tiene inconveniente yo le sustituyo.

—¿En qué le sustituye?

—Me ha dicho que en todo, absolutamente en todo. Es costumbre de don Alejandro pasar los planes usados a los lugartenientes.

Le dejé las diez uñas clavadas en el entrecejo.

Pero mi rasgo me costó la soledad y el tener que sacarme yo solita las castañas del fuego. Intenté que me contrataran en un teatro de la plaza Palacio, pero en cuanto decía que venía de Madrid no había contrato. Por fin, ya harta de tanta incompreensión, me fui a ver al entonces director de la Banca Arnús.

—¿No se acuerda usted de mí? Y que no caía.

No tuve más remedio que darle la espalda y agacharme como si fregara el suelo. En seguida me reconoció las corvas y los pliegues musculares.

—¡Encarna!

No era mal hombre. Le conté mi vida y él me ocultó la suya. Era lo lógico. Me puso un piso en una calle nueva que se llamaba Vía Layetana y

me presentó a un letrista de cuplets muy metido en el mundo del espectáculo barcelonés. Yo quería vengarme de Alejandro y le dije que quería un cuplé contra él.

—Ni hablar. Luego vienen los jóvenes bárbaros y te callentan.

Pronto creí tener la ocasión de vengarme. Entraba yo en el local donde daba el espectáculo cuando vi a don Alejandro descendiendo de un automóvil en compañía de la presidenta de la Cruz Roja. Y yo que me destaco, le tiro del brazo y le digo:

—Oye, guapo. Que te tengo la cama preparada.

Lerroux se me quedó mirando como si no entendiera, pero inmediatamente se le iluminó la cara y me puso una sonrisa de reencuentro.

—¡Encarna! ¡Qué suerte! Mira, te presento a la presidenta de la Cruz Roja. Dale un donativo, mujer, que te los ganas muy descansados.

—Es que no tengo suelto.

—¿Cuánto llevas y cuánto quieres dar?

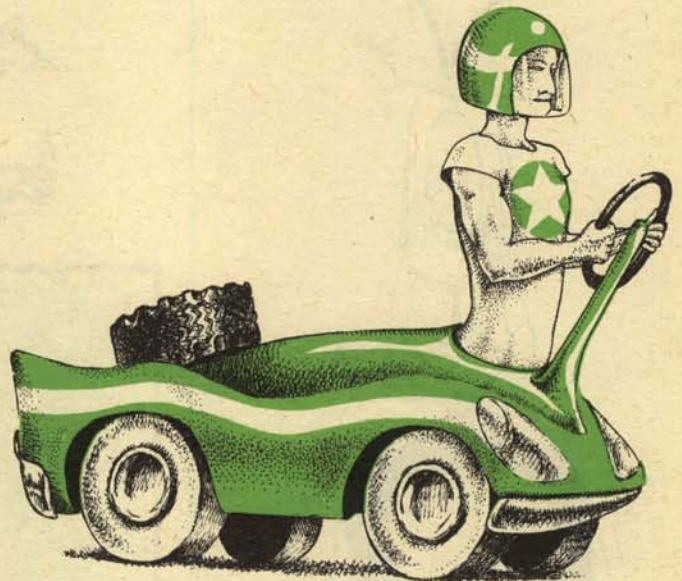
—Llevo veinte duros y quiero dar diez.

—Espléndido. Dámelos.

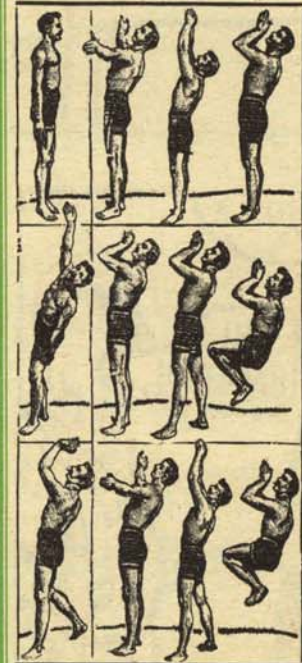
Cogió los veinte duros, se los dio a la Cruz Roja, aquella que parecía haberse tragado un sable, y le pidió cambio. La presidenta le devolvió diez duros. Alejandro se los metió en el bolsillo del chaleco. Me saludó subiendo la punta del bastoncito al ala del sombrero y se marchó con un contoneo de señor de postín.

Y es que lo era, el muy sinvergüenza.

(Continuará)



Saltes



Ha caído en nuestras manos un folleto (traducido del francés) donde se dan lecciones de educación física con la pretensión de que facilitará más tarde la subida al cielo. Rechazamos con indignación esas supercherías que no hacen más que confundir a las gentes sencillas, que saben de sobra que sólo hay un camino para dicha ascensión: el camino de la virtud.